

Merlin Stone

CUANDO DIOS ERA MUJER



Prólogo de Ana Pániker

Exploración histórica del antiguo culto
a la **Gran Diosa** y la supresión
de los ritos de las mujeres

Kairós

Merlin Stone

Cuando Dios era mujer

**Exploración histórica del antiguo culto
a la Gran Diosa y la supresión
de los ritos de las mujeres**

Prólogo a la edición en español de Ana Pániker

Traducción del inglés de Antonio Francisco Rodríguez

editorial **K**airós

Título original: WHEN GOD WAS A WOMAN

© 1976 by Merlin Stone

© 2021 del prólogo a la edición en castellano: Ana Pániker

© de la edición en castellano:
2021 by Editorial Kairós, S.A.
www.editorialkairos.com

© de la traducción del inglés al castellano: Antonio Francisco Rodríguez
Revisión de Alicia Conde

Composición: Pablo Barrio
Diseño cubierta: Editorial Kairós

Primera edición en papel: Septiembre 2021

Primera edición en digital: Febrero 2022

ISBN papel: 978-84-9988-909-2

ISBN epub: 978-84-1121-012-6

ISBN kindle: 978-84-1121-013-3

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

Sumario

Prólogo a la edición en español

Prefacio

Introducción

1. Relatos desde una perspectiva
2. ¿Quién era Ella?
3. La deificación de la mujer
4. Los invasores del norte
5. Uno de los suyos
6. Si el rey no lloraba
7. Las sagradas tradiciones sexuales
8. Ofrecieron incienso a la Reina del Cielo
9. Y los hombres de la ciudad la lapidaron
10. Descifrando el mito de Adán y Eva
11. Las hijas de Eva

Cuadros cronológicos

Bibliografía

A Jenny y Cynthia, con amor

El hombre disfruta de la gran ventaja de tener un Dios que respalde el código que escribe; y dado que el hombre ejerce una autoridad soberana sobre las mujeres, es especialmente afortunado porque esta autoridad le haya sido conferida por el Ser Supremo. Para judíos, mahometanos o cristianos, entre otros, el hombre es el amo por derecho divino; el temor de Dios, por tanto, reprimiría cualquier impulso rebelde por parte de las oprimidas mujeres.

Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, 1949

En la declaración en la que se opone a la ordenación de las mujeres, el obispo C.L. Meyers dijo que el sacerdocio episcopaliano es una «concepción masculina».

«Un sacerdote es un “símbolo de Dios”, guste o no. En la imaginería del Antiguo y del Nuevo Testamento, Dios es representado como una figura masculina», afirmó en una intervención ante 760 delegados en la catedral de Grace, durante el encuentro de dos días y medio.

«Cristo es la figura del sacerdocio. La sexualidad de Cristo no es azarosa ni su masculinidad, accidental. Fue una decisión divina», dijo en su intervención.

San Francisco Chronicle,
25 de octubre de 1971

Al principio fue Isis: la más Antigua entre los Antiguos era la diosa de la que surgió todo. Era la Gran Dama, la Ama de las dos Tierras de Egipto, la Ama del Cobijo, la Ama del Cielo, la Ama de la Casa de la Vida, la Ama de la palabra de Dios. Era la Única. En toda su grandeza y sus maravillosas obras, ella era una maga más sabia y más excelente que cualquier otro dios.

Tebas, Egipto, siglo XIV a.C.

Tú, Diosa del Sol Arinna, eres una deidad honrada; tu nombre es superior a otros nombres; tu divinidad supera a la de otras divinidades; solo tú, entre todas las deidades, eres honrada; solo tú eres grande, oh, Diosa del Sol Arinna; comparada contigo, ninguna otra deidad es tan grande ni tan venerada...

Boghazköy, Turquía, siglo XV a.C.

A Aquella que decide, Diosa de todas las cosas, a la Dama del Cielo y de la Tierra, que recibe plegarias; a la que escucha los ruegos y alienta la oración; a la Diosa compasiva que ama la virtud; Ishtar, la Reina, que elimina toda confusión. A la Reina del Cielo, la Diosa del Universo, la que caminó en el temible Caos y trajo la vida por la Ley del Amor; del Caos nos trajiste la armonía, y desde el Caos nos has llevado de la mano.

Babilonia, siglos XVII o XVIII a.C.

Escuchad, oh, vosotras, regiones del mundo, la alabanza a la reina Nana; ensalza a la Creadora; exalta a la digna; exalta a la gloriosa; acercaos a la Dama Todopoderosa.

Sumeria, siglo XIX a.C.

Prólogo a la edición en español

En un mundo en el que la novedad constituye una premisa *sine qua non* de la industria, incluida la editorial, quizá resulte extraño publicar un título de 1976. Una parte necesaria e interesante del trabajo de editor consiste en preservar determinados contenidos y rescatar autores del olvido injusto que obedece, únicamente, a la furia devoradora del sistema del mercado. *Cuando Dios era mujer* es un libro que vale la pena reconsiderar, no solo por su interés intrínseco, sino también porque el momento que estamos viviendo lo requiere.

En estos últimos años se ha producido un intenso movimiento social que algunos han calificado como la tercera -para muchos cuarta- ola feminista suscitada por fenómenos como el #MeToo y campañas como #YoSíTeCreo o #NoesNo. Estos movimientos han saltado a la palestra mundial con una efervescencia inusitada gracias a internet y sus redes sociales, soslayando el control de la información ejercida por las fuerzas de poder y que, podría aventurarse, funciona de una manera tradicionalmente asociada al trabajo femenino: la red. Es inevitable pensar en el mito de Aracné, la mujer a la que la diosa Atenea convirtió en araña, evocar la figura de Penélope junto a su

telar o tantas otras imágenes que pueblan el imaginario femenino de hilanderas y tejedoras sentadas en corro compartiendo información. Es un buen momento, pues, para sumergirnos en las páginas de *Cuando Dios era mujer*, volver la mirada al pasado y recuperar parte de la memoria que fue arrebatada a las mujeres.

A Merlin Stone le llevó alrededor de diez años escribir el libro. En el momento de su publicación, no hacía más de siete que Kate Millet había expuesto sus estudios centrados en el control ejercido por la sociedad patriarcal sobre los cuerpos de las mujeres, su sexualidad y su capacidad de reproducción. Conseguido el derecho a voto y a la propiedad, el discurso feminista ahondó en las raíces de la desigualdad hasta alcanzar los cimientos de nuestra civilización criticando a las sociedades patriarcales, entendiendo por estas aquellas en las que el hombre detenta el poder en todos los ámbitos por el simple hecho de haber nacido varón. Durante ese período, Gerda Lerner escribía sus primeros trabajos sobre la importancia de establecer la historia de las mujeres como campo de estudio reconocido. James Mellaart, director del Instituto Británico de Arqueología en Ankara, aportaba sus estudios sobre las sociedades protoneolíticas en las que el culto a la Diosa Madre era uno de los rasgos comunes definitorios. Siguiendo esa línea de investigación, Marija Gimbutas publicaba en 1974 su famoso *Diosas y dioses de la vieja Europa*, demostrando la existencia de una civilización en la que se adoraba a la Gran Diosa como principio creador

femenino. También en este período, los trabajos de la noruega Liv Dommasnes establecían las bases para la arqueología de género. Durante los últimos cuarenta años, la investigación en estos campos ha avanzado mucho gracias a la innovación tecnológica, resultados de lo cual se han cuestionado algunas interpretaciones que parecían inamovibles. La arqueóloga Marylène Patou-Mathis sostiene que, gracias a los nuevos métodos de investigación, la imagen de la mujer durante el Paleolítico cobra otras cualidades que son las opuestas a las que nos habían explicado. El androcentrismo en arqueología ha hecho mucho daño, escribe, y han sido necesarios años de trabajo llevado a cabo por mujeres para proporcionarnos una lectura más fidedigna de la historia no escrita. La corriente actual de investigación, por tanto, no se ha desviado de la tesis esencial de Merlin Stone: la relevancia de la mujer en las sociedades antiguas reflejada en las distintas divinidades femeninas y su culto.

Cuando Dios era mujer nos ofrece una minuciosa y concienzuda descripción, no solo de las religiones surgidas alrededor de la Gran Diosa, sino también del paulatino proceso de destrucción y supresión del principio femenino como divinidad preponderante a causa de la poderosa emergencia de las sociedades patriarcales. Escrito con un gran rigor y abundancia de información, no incurre, sin embargo, en la árida recopilación de datos de una especialista o en la fórmula de una aburrida tesis académica. Merlin Stone es, ante todo, una mujer, una

artista apasionada que necesita saber y no se contenta con las versiones oficiales. Es más, desconfía de ellas, puesto que la mayoría incurren en contradicciones u omiten ciertas cuestiones para no cambiar el discurso establecido hasta el momento. Es en esas lagunas y espejismos, precisamente, en las que la autora se detiene con la sagacidad y perspicacia de una detective. El libro presenta, con una vitalidad extraordinaria, interesantes reflexiones que cuestionan la corriente ortodoxa de la historia escrita por los hombres en provecho de los hombres.

Uno de los instrumentos más eficaces a la hora de controlar a los diferentes estamentos de la sociedad, especialmente al colectivo de las mujeres, lo constituye la religión como institución. Han sido extremadamente exitosas en esta labor las tres religiones llamadas del Libro: judaísmo, cristianismo e islam. Hay mucho en estas religiones que solo se entiende a la luz de un tozudo empeño por erradicar de la memoria y la historia humana el culto a las divinidades femeninas. Cuando el cristianismo llega a institucionalizarse como la religión del Imperio romano, y comienza su caza de brujas contra la cultura clásica, hace ya tiempo que el judaísmo y las propias religiones griega y romana habían ido socavando y mermando el poder y la fuerza de una religión anterior basada en el culto a divinidades femeninas, bien haciéndolas desaparecer, bien convirtiéndolas en consortes de dioses masculinos que las raptan, fuerzan, violan y engañan demostrando así un poder absoluto sobre ellas y,

por extensión, sobre las mujeres. La historia de ese proceso es el reflejo del proceso de sometimiento del género femenino. Si en el Génesis la mujer, Eva, es la fuente de todo mal, en la mitología griega es Pandora la portadora de las calamidades que asolan al mundo. Merlin Stone desmenuza el largo trayecto recorrido por una diosa inicialmente poderosa, fuente de vida, creadora de las artes y de la civilización, que acaba desapareciendo y explica cómo, en este proceso, se ven arrastradas las mujeres.

Dios fue femenino durante cientos de años, probablemente miles, y el libro de Merlin Stone nos abre los ojos a esa nueva y antiquísima realidad. Con su lectura, la jerarquía de lo sagrado da un vuelco. Las mujeres fueron algo más que cuerpos productores de otros cuerpos. Algo más que pecadoras y tentadoras, algo más que viles y perversas criaturas, algo más que hechiceras y brujas, algo más que sumisas cuidadoras, algo más que pasivas y distantes damas a las que fecundar. Mucho más. Si bien las diosas de la fertilidad neolíticas constituyen un arquetipo de lo sagrado reconocido como tal por todos los estudiosos, existió otro tipo de diosas cuya veneración no estaba vinculada a un papel reproductor. Son las diosas «uránicas» o celestiales, diosas solares, diosas de la guerra, diosas de la escritura, de la caza, de la sanación, del cosmos. Merlin Stone las inhuma del sueño de los tiempos, limpia el polvo del olvido restableciéndolas en el lugar que ocuparon realmente.

Gracias a libros como este, las mujeres de hoy pueden recuperar y afinar su voz, una voz que tiene miles de años de antigüedad y que las interpretaciones de la historia, llevadas siempre a cabo por hombres, han obviado o reescrito de manera deliberadamente errónea o, como mínimo, negligentemente olvidadiza, para prolongar un discurso de supremacía. *Cuando Dios era mujer* nos relata, detalladamente, la manera taimada cómo se borró el rastro de todo antiguo poder femenino hasta conducirnos a la amnesia histórica. La ignorancia de nuestra historia se traduce en la ignorancia de la propia valía, haciendo que, muchas veces, las mujeres se sientan unas advenedizas en un mundo que, se supone, ha pertenecido exclusivamente a los hombres. El libro constituye, pues, una invitación a que las mujeres descubran quiénes son a través del conocimiento de su herencia del pasado como algo más que un fragmento enterrado de la cultura masculina. Brinda, en definitiva, la posibilidad de forjar una identidad más firme y robusta, permitiéndonos continuar la lucha contra el control ejercido por el sistema patriarcal.

La autora dice que su intención no es sugerir una vuelta o un *revival* de las antiguas religiones femeninas, lo que ella desea es cortar con los estereotipos femeninos que la sociedad patriarcal ha impuesto. No incurre jamás en la falseada lectura del pasado de ciertas tendencias feministas, en las que se idealiza o magnifica las culturas llamadas matriarcales. Tampoco dice que esas culturas existieran como tal ni que los cultos a la Diosa fueran un

dechado de virtudes, incluso relata que alguno de ellos incluía el sacrificio humano. La Gran Diosa era dadora de vida, pero también tenía un rostro terrible. Como la madre naturaleza, ofrecía su faz amorosa o su faz destructiva. Ella era la Señora de la vida y de la muerte.

El siglo XXI es, entre otras cosas, el siglo de la conciencia ecológica, que nos obliga a replantear nuestra relación con el medio ambiente. El ecofeminismo, movimiento aparecido en la década de los noventa de la mano de activistas como Vandana Shiva, proclama que la violencia perpetrada contra el planeta Tierra corre pareja a la perpetrada contra las mujeres. Para evitar, o minimizar, las consecuencias destructivas que nuestras acciones han generado durante el período etiquetado por el Nobel de Química Paul Crutzen como Antropoceno, no basta con firmar acuerdos de reducción de emisión de gases. Hemos de cambiar nuestra manera de relacionarnos con el planeta, recuperar el antiguo sentimiento de respeto hacia la Naturaleza. Somos hijos de la tierra, surgimos de ella, la tierra nos crea, nos acoge, nos alimenta, como la Gran Diosa. ¿Por qué habríamos de maltratarla y sobreexplotarla como hemos venido haciendo?

El cuerpo de las mujeres, como reflejo de lo divino femenino, era antiguamente un territorio sagrado que no debía profanarse ni ultrajarse, debía ser tratado con consideración tal como se hacía con la tierra si se deseaba que diera frutos y proveyera de alimento a sus hijos, los humanos. Recuperar ese respeto por todo lo vivo, re-

sacralizar el propio cuerpo en un momento en que las mujeres se han convertido en esclavas de unos estereotipos de belleza imposibles de alcanzar, por lo que los trastornos del comportamiento alimentario y la cirugía estética se han generalizado convirtiéndose en síntomas de que algo muy grave está pasando, es una tarea muy necesaria. Descubrir que este cuerpo fue algo sagrado durante miles de años, antes de ser considerado una mercancía, es uno de los muchos legados de este libro.

Por lo demás, resulta un placer inmenso transportarse en el tiempo a los inicios de nuestra civilización, donde todo se estaba gestando -en un vientre de mujer, por qué no- y constatar que existe una forma femenina de entender y organizar el mundo que hombres y mujeres debemos defender hombro con hombro. Disfruten con su lectura.

ANA PÁNIKER

Barcelona, abril de 2021

Prefacio

¿Cómo sucedió en realidad? ¿Cómo en un principio los hombres se hicieron con el control que ahora les permite regular el mundo en aspectos tan inmensamente diversos como decidir qué guerras hay que combatir y cuándo emprenderlas o la hora a la que hay que servir la cena?

Este libro es el resultado de mis reacciones a estas y otras preguntas similares que muchas personas, preocupadas por el estatus de la mujer en nuestra sociedad, nos hemos ido planteando. En respuesta a nuestras dudas, ha surgido otra pregunta. ¿Qué otra cosa podríamos esperar en una sociedad que durante siglos ha enseñado a sus hijos, niños y niñas, que una deidad MASCULINA creó el universo y todo cuanto contiene, hizo al HOMBRE a su imagen divina y, más tarde, como complemento, creó a la mujer para que ayudara sumisamente al hombre en sus hazañas? La imagen de Eva, creada por su esposo, a partir del cuerpo de su esposo, la mujer que supuestamente precipitaría la decadencia de la humanidad, ha llegado a ser, en muchos sentidos, la imagen de todas las mujeres. ¿Cómo llegó a fraguarse una idea semejante?

Pocos de los que viven en sociedades cristianas, judías o seguidoras del islam desconocen el relato de Eva, que se deja seducir por la palabra de la serpiente en el Jardín del Edén, come del fruto prohibido y somete a Adán a la misma tentación. Generalmente, durante los años más impresionables de la infancia, se nos enseña que el acto de comer la deliciosa manzana del árbol del conocimiento del bien y del mal provocó la pérdida del Paraíso, la expulsión de Adán y Eva, y por lo tanto de toda la humanidad, de este primer hogar de dicha y bendición. También se nos da a entender que, como resultado de ello, Dios decretó que la mujer debía someterse al dominio del hombre -que entonces fue divinamente investido con el derecho a sojuzgarla- a partir de ese momento y hasta el día de hoy.

La expulsión de Adán y Eva del Jardín del Edén no es exactamente una noticia de última hora, pero pocos acontecimientos contemporáneos han afectado más directamente a las mujeres del presente. En su lucha por conquistar un estatus equitativo para las mujeres, en una sociedad todavía impregnada de los valores y principios morales de las creencias judeocristianas (que han penetrado profundamente incluso en los aspectos más seculares de nuestra civilización contemporánea), pronto descubrimos que un examen minucioso de esta leyenda de la creación, junto a sus orígenes históricos, nos aporta una información vital. Nos permite comprender el papel que las religiones contemporáneas han desempeñado en la

opresión inicial y constante y en el sometimiento de las mujeres, y las razones que lo explican.

En el periodo prehistórico y en los albores de la historia han existido religiones en las que se reverenciaba al creador supremo concibiéndolo como femenino. La Gran Diosa -la Ancestra Divina- ha sido adorada desde el inicio del Neolítico, en torno a 7000 a.C., hasta la clausura de los últimos templos a la Diosa, en el 500 d.C. Algunas autoridades remontan el culto a la Diosa a un periodo tan lejano como el Paleolítico Superior, en torno a 25000 a.C. Sin embargo, los acontecimientos de la Biblia, que, tal como se nos ha inducido a pensar, ocurren «al inicio del tiempo», en realidad sucedieron en el periodo histórico. Abraham, el primer profeta del dios hebreo-cristiano Yahvé, más popularmente conocido como Jehová, no vivió antes de 1800 a.C., y posiblemente en una fecha tan tardía como el año 1500 a.C., según la mayoría de los estudiosos de la Biblia.

Más significativo es el descubrimiento de que ambas religiones existieron simultáneamente durante miles de años, entre poblaciones muy próximas entre sí. La evidencia arqueológica, mitológica e histórica revela que la religión femenina, lejos de extinguirse naturalmente, fue víctima de siglos de persecución y represión constante por parte de los defensores de las nuevas religiones, que entronizaban a deidades masculinas como principio supremo. El mito de creación de Adán y Eva y el relato de la pérdida del Paraíso proviene de estas nuevas religiones.

¿Cómo era la existencia para las mujeres que vivían en una sociedad que veneraba a una Creadora sabia y valerosa? ¿Por qué los miembros de las religiones masculinas posteriores lucharon tan agresivamente para suprimir aquellos cultos tempranos, eliminando incluso su recuerdo? ¿Qué significa realmente la leyenda de Adán y Eva, y cuándo y por qué se escribió? Las respuestas que he descubierto constituyen el contenido de este libro. *Cuando Dios era una mujer*, la historia de la erradicación de los ritos de las mujeres, ha sido escrito para explicar los acontecimientos históricos y las actitudes políticas que desembocaron en la escritura del mito judeocristiano de la Caída, la pérdida del Paraíso y, lo más significativo, por qué la culpa de esa pérdida se atribuyó a Eva y desde entonces ha supuesto un pesado lastre para todas las mujeres.

Introducción

Aunque a muchos de nosotros la religión nos parece hoy una arcaica reliquia del pasado (especialmente, los escritos del Antiguo Testamento, que nos hablan de épocas muchos siglos anteriores al nacimiento de Cristo), para muchos de nuestros padres, abuelos o bisabuelos, estas escrituras se consideraban un evangelio sagrado, la palabra divina. Por otra parte, sus creencias religiosas, y el consiguiente comportamiento y los patrones sociales, han dejado su huella en nosotros en muchos sentidos. En realidad, el pasado antiguo no está tan lejos como imaginamos o preferimos imaginar.

De hecho, si queremos comprender plenamente cómo y por qué el hombre logró aparecer como aquel que realiza las mayores y más destacadas hazañas mientras la mujer queda relegada al papel de paciente comparsa, y en consecuencia se estableció que este era el estado *natural* de las relaciones hombre-mujer, debemos viajar a estas remotas épocas de la historia humana. Hemos de explorar los antiguos orígenes de las civilizaciones humanas y los albores de los patrones religiosos. Y esto, como veremos, no es tarea fácil.

Es sorprendente descubrir lo poco que se ha escrito sobre las deidades femeninas adoradas en las épocas más antiguas de la existencia humana y luego afrontar el hecho de que incluso el material existente ha sido en su mayor parte ignorado en la literatura popular y en la educación general. La mayor parte de la información y de los artefactos relacionados con la vasta religión femenina que floreció milenios antes del advenimiento del judaísmo, el cristianismo y la edad clásica de Grecia, han sido desenterrados solo para volver a ser inhumados en oscuros textos arqueológicos, archivados con meticulosidad en las pilas exclusivamente protegidas de las bibliotecas de museos y universidades. Muy pocos eran accesibles con un título universitario o la prueba de estar vinculado a la universidad.

Hace muchos años inicié una búsqueda. Me llevó a recorrer medio mundo: de San Francisco a Beirut. Quería saber más acerca de la antigua religión de la Diosa. En el camino estaban las bibliotecas, museos, universidades y las excavaciones en Estados Unidos, Europa y Oriente Próximo. En mi itinerario recopilé información de una enorme variedad de fuentes, guardando, con paciencia, cada pequeña frase, oración o fragmento de leyenda a partir de una miríada de información diversa.

Mientras reunía este material sobre las primeras deidades femeninas, descubrí que muchas leyendas antiguas se han utilizado como dramas rituales. Se representaban en ceremonias religiosas de festivales

sagrados, que coincidían con otras actividades rituales. Estatuas, murales, inscripciones, tablillas de arcilla y papiros que registraban eventos, leyendas y oraciones revelaban la forma y actitudes de la religión y la naturaleza de la deidad. A menudo hallaba comentarios en la literatura de un país acerca de la religión o las divinidades de otros. Más interesante fue el descubrimiento de que los mitos que explicaban los orígenes de cada cultura no siempre eran los más antiguos. Era habitual que nuevas versiones suplantaran y desplazaran a las anteriores, mientras declaraban solemnemente que «así eran las cosas al inicio del tiempo».

El profesor Edward Chiera, de la Universidad de Chicago, a propósito del mito babilonio de la creación del cielo y de la tierra por parte del dios Marduk, escribió que «Marduk, el nuevo dios de esta nueva ciudad, ciertamente no tenía derecho a apropiarse de la gloria de esta notable hazaña [...]. Sin embargo, en la época de Hammurabi, Babilonia era el centro del reino [...]. Marduk, respaldado por los ejércitos de Hammurabi, podía proclamarse como el dios más importante en aquella tierra». El profesor Chiera también explicó que, en Asiria, donde el dios Ashur llegó a convertirse en la deidad suprema, «los sacerdotes asirios lo encumbraron copiando las antiguas tablillas babilónicas y sustituyendo el nombre de Marduk por el de su propio dios. El trabajo no era muy minucioso y en algunos lugares aún puede leerse el nombre de Marduk».

Entre las dificultades que encontré a la hora de reunir materiales, no puedo evitar pensar en las antiguas escrituras y en la estatuaria que debieron de haber sido intencionadamente destruidas. Los relatos acerca de las actitudes hostiles del judaísmo, el cristianismo y el mahometismo (islam) hacia los artefactos sagrados de las religiones que los precedieron revelaban que había ocurrido así, especialmente en el caso de la Diosa a la que se rendía culto en Canaán (Palestina). Las masacres sangrientas, la demolición de estatuas (por ejemplo, ídolos paganos) y santuarios aparecen en las páginas de la Biblia, siguiendo esta orden de Yahvé: «Debéis destruir completamente todos los lugares en los que las naciones a las que habéis desposeído servían a sus dioses, en altas montañas, en colinas, bajo árboles frondosos; debéis derruir sus altares, demoler sus pilares, derribar sus postes sagrados, prender fuego a las imágenes talladas de sus dioses y borrar sus nombres de aquellos lugares» (Dt 12: 2-3). Hay pocas dudas de que los constantes ataques, que recoge el Antiguo Testamento, destruyeron información valiosa e irrecuperable.

En periodos posteriores, los cristianos fueron conocidos en el mundo entero por su destrucción de los iconos y la literatura sagrada perteneciente a los supuestos «paganos» o «infieles». El profesor George Mylonas escribió que, durante el reinado del emperador cristiano Teodosio, «los cristianos, especialmente en las grandes ciudades, como Antioquía y Alejandría, se convirtieron en los

perseguidores, y los paganos en los perseguidos; templos e ídolos fueron consumidos por el fuego, y se maltrató a los devotos». A medida que el culto de las antiguas deidades era erradicado y sus templos destruidos, clausurados o convertidos en iglesias cristianas, como ocurría a menudo, las estatuas y los registros históricos eran aniquilados por los padres misioneros de la cristiandad.

Aunque la destrucción fue grande, no fue total. Afortunadamente, muchos objetos fueron pasados por alto, vestigios que hoy nos relatan su propia versión de la naturaleza de aquellos temidos rituales y creencias «paganas». La gran cantidad de estatuillas de la Diosa desenterradas en excavaciones neolíticas y de los tempranos periodos históricos en Oriente Próximo y Oriente Medio sugieren que los evidentes atributos femeninos de casi todas estas estatuas eran lo que irritaba a los defensores de la deidad masculina. La mayoría de los «ídolos paganos» tenían pechos.

Los autores de la Biblia judeocristiana, tal como la conocemos, parecen haber encubierto premeditadamente la identidad sexual de la deidad femenina considerada sagrada por los vecinos de los hebreos en Canaán, Babilonia y Egipto. El Antiguo Testamento ni siquiera tiene una palabra para «Diosa». En la Biblia, la Diosa recibe el nombre de Elohim, en el género masculino, que se traduce como dios. Sin embargo, el Corán de los mahometanos es muy elocuente. En él leemos «Alá no tolerará la idolatría [...] los paganos rinden culto a mujeres».

Como buena parte de la información fue recogida en bibliotecas de museos y universidades, otro problema que encontré fue el sesgo sexual y religioso de muchos de los eruditos e investigadores de los siglos XIX y XX. La mayor parte de la información disponible en arqueología y en historia religiosa antigua fue recopilada y analizada por hombres. El abrumador predominio de investigadores hombres, y el hecho de que casi todos los arqueólogos, historiadores y teólogos de ambos sexos se hayan educado en sociedades que abrazan las religiones patriarcales del judaísmo y cristianismo, parece influir decisivamente en lo que se incluye y promociona y en lo que se considera menor y apenas digno de ser mencionado. El profesor R.K. Harrison escribió, a propósito de la religión de la Diosa: «Uno de sus aspectos más notables era el carácter obsceno, depravado, orgiástico de los rituales del culto». Pese al descubrimiento de templos a la Diosa en casi todas las excavaciones neolíticas e históricas, Werner Keller señala que la deidad femenina era fundamentalmente adorada en «colinas y montículos», limitándose a repetir las palabras del Antiguo Testamento. El profesor W.F. Albright, una de las principales autoridades en la arqueología de Palestina, describió la religión femenina como «un culto orgiástico a la naturaleza, la desnudez sensual y una mitología tosca». Siguió diciendo que «fue sustituida por la simplicidad pastoral y la pureza de la vida de Israel, su excelso monoteísmo y su severo código ético». Es difícil comprender cómo estas palabras encuentran una

justificación académica después de leer acerca de las masacres perpetradas por los hebreos en los habitantes oriundos de Canaán, tal como se recoge en el Libro de Josué, especialmente entre los capítulos nueve al once. En su recopilación de artículos *Myth, Ritual and Kingship*, el profesor S.H. Hooke admite abiertamente: «Creo firmemente que Dios eligió a Israel como vehículo para revelación».

El propio Albright escribió: «Con frecuencia se ha dicho que la calidad científica de la arqueología palestina se ha visto seriamente perjudicada por las preconcepciones religiosas de los investigadores que han excavado en Tierra Santa. Ciertamente, algunos arqueólogos llegaron a Palestina impulsados por su interés en la Biblia, y algunos de ellos recibieron una formación como investigadores bíblicos». Sin embargo, a continuación procedió a rechazar la posibilidad de esta disfunción, basando su conclusión en el hecho de que las fechas atribuidas a los enclaves y artefactos de la antigua Palestina, por parte de los investigadores que participaron en las primeras excavaciones, más tarde se demostró que eran demasiado recientes, y no muy antiguas, como tal vez era de esperar. La cuestión de si las actitudes y creencias implícitas en las sugeridas «preconcepciones religiosas» tal vez influyeran sutilmente en los análisis y descripciones del simbolismo, los rituales y la naturaleza general de la antigua religión ni siquiera se planteó como objeto de debate.

En la mayoría de textos sobre arqueología, la religión femenina aparece como un «culto a la fertilidad», lo que acaso revela las actitudes hacia la sexualidad avaladas por las diversas religiones contemporáneas que han podido llegar a influir en los autores. Sin embargo, la evidencia arqueológica y mitológica de la veneración de la deidad femenina como creadora y legisladora del universo, profeta, guardiana de los destinos humanos, inventora, curandera, cazadora y aguerrida líder en la batalla sugiere que la expresión «culto a la fertilidad» es una burda simplificación de una compleja estructura teológica.

Al prestar atención a la semántica, a los sutiles matices lingüísticos y a las sombras de sentido, advertí que la palabra «culto», que tiene las connotaciones implícitas de algo menos refinado o civilizado que «religión», casi siempre se aplicaba a la veneración de las deidades femeninas, no por parte de ministros de la Iglesia, sino por arqueólogos e historiadores supuestamente objetivos. Estos historiadores siempre describían, respetuosamente, como «religión» los rituales asociados con el Yahvé (Jehová) judeocristiano. Después de comprobar que las palabras «Dios» e incluso «Él» empezaban por letra mayúscula, mientras que «la reina del cielo», la «diosa» y «ella» solían escribirse en minúscula, decidí intentarlo al revés, observando cómo estos cambios aparentemente menores influían sutilmente en el significado y en el impacto emocional.

En las descripciones de ciudades y templos largo tiempo sepultados, los autores académicos describían a la Diosa sexualmente activa como «indecente», «intolerablemente agresiva» o «vergonzosamente desprovista de moral», mientras las deidades masculinas que violaban o seducían a ninfas o a mujeres legendarias eran descritas como «traviesas» o incluso como admirablemente «viriles». La explícita naturaleza sexual de la Diosa, unida a su divinidad sagrada, confundió tanto a un investigador que llegó a definirla como la Virgen Ramera. Las mujeres que seguían las antiguas tradiciones sexuales de la fe en la Diosa, conocidas en su lengua como mujeres santas o sagradas, recibían el reiterado apelativo de «prostitutas rituales». La elección de estas palabras vuelve a revelar una ética etnocéntrica, basada probablemente en actitudes bíblicas. Sin embargo, el uso del término «prostituta» como traducción para referirse a las mujeres que en realidad eran conocidas como *qadesh*, es decir, sagradas, sugiere una falta de comprensión de la propia estructura teológica y social que los autores intentaban describir y explicar.

Las descripciones de la deidad femenina como creadora del universo, inventora o sustentadora de la cultura apenas merecían una o dos líneas, si es que se mencionaba; los investigadores decidían que estos aspectos de la divinidad femenina no merecían ser discutidos. Y a pesar de que el título de la Diosa en la mayoría de los documentos históricos de Oriente Próximo era la Reina del Cielo,

algunos autores han insistido en referirse a Ella solo como la eterna «Madre Tierra».

En la descripción de la divinidad femenina, reverenciada como guerrera o cazadora, valerosa soldado o arquera diestra, a veces se han señalado sus atributos «extrañamente masculinos», lo que implica que Su fuerza y valor la convierten en una *freak*, en una anomalía fisiológica. J. Maringer, profesor de arqueología prehistórica, rechazó la idea de que los cráneos de renos fueran trofeos de caza de una tribu paleolítica. ¿La razón? Fueron descubiertos en la tumba de una mujer. Escribe: «El esqueleto era de mujer, circunstancia que parece descartar la posibilidad de que los cráneos y cuernos de reno sean trofeos de caza». ¿Acaso estos autores juzgaban la naturaleza física innata de las mujeres a través de los frágiles y esbeltos ideales de las modas occidentales contemporáneas?

Las sacerdotisas de la Diosa, que ofrecían guía y consejo en Sus santuarios de sabiduría profética, se describen como adecuadas para este puesto porque, en tanto mujeres, eran más «intuitivas» o «emocionales», y por lo tanto médiums ideales para la revelación divina. Normalmente estos mismos autores ignoran la importancia política del consejo ofrecido o la posibilidad de que estas mujeres fueran respetadas como sabias y conecedoras, capaces de ocupar una posición vital y como asesoras. Curiosamente, las cualidades emocionales o las capacidades intuitivas nunca se mencionan en relación con